

Pero si juzgamos con la razon clara y serena, si atendemos á que la Francia hasta donde le fué posible condenó esa empresa, y si recordamos que el pueblo francés fué tambien una de las víctimas de la espedicion, puesto que desde allí disminuyó el prestigio de su nombre y su bandera no salió muy airosa al tener que retirarse ante la conminacion yankee, tenemos que dejar toda la responsabilidad de esa obra al emperador Napoleon, que tuvo el candor de llamarla la página mas gloriosa de su reinado.

Las reglas del método me han obligado á hacer estas salvedades y á asentar este prolegómeno.

Entremos ya en el terreno histórico.

II.

¿Cuál fué el origen verdadero de la intervencion? ¿Cuál la fuente ó el punto de partida de esa liga europea que trajo á nuestros mares las escuadras aliadas?

Apesar de la luz que arrojan ya sobre este punto de nuestra historia los documentos publicados en la prensa periodística de ambos mundos, en el Memorial diplomático, en el Libro Azul y en el Libro Amarillo, no es posible hallar aún la larva de donde salió esa monstruosidad.

En el pensamiento primordial de la intervencion, hay la concurrencia de varias causas generadoras. ¿Quién podrá apreciarlas todas y dar á cada una su propia gerarquía?

Las grandes obras de los pueblos, ya sean buenas ó malas, siempre son anónimas, y en las tormentas sociales hay algo de metereológico, como en las tempestades del globo.

En las montañas cubiertas de nieve de la Suiza, á la menor vibracion del suelo ó del viento, se desprende un témpano de hielo del vértice, y baja, y nuevos témpanos se le van agregando hasta formar un inmenso alud que descien- de la pendiente con una rapidez vertiginosa, cayendo al fin en una terrible avalancha que todo lo arrasa y destruye á su paso.

Gota á gota se evapora la agua de los lagos y de los mares: ese vapor asciende, y al ascender se enfria y se concreta, y forma pequeñas nubes que se aglomeran en la falda de las montañas desgarrando en las puntas de las rocas sus blancos crespones. Pero vienen nuevas masas de vapor, y las nubes se funden unas en otras, y mezclan las curvas plomizas de sus cirus, y al fin se levantan cubriendo el horizonte con un negro velo. El relámpago rasga el seno de la nube, resuena el rayo, y la tempestad se desata, cubriendo el valle de sombras y duelo.

Allá entre los juncos y cañaverales de la tierra-caliente hay un pequeño lago. Las ninfeas levantan sus blancas corolas sobre su manso cristal, y sus ondas permanecen inmóviles hasta que el ave las roza apenas con su ala. Un sol de fuego entibia aquellas aguas muertas con sus rayos, y las evapora convirtiéndolas en exhalaciones mortíferas que esparcidas por la costa diezman á aquellas poblaciones.

Y bien, ¿habrá quien pondere los átomos de nieve que formaron el alud? ¿Habrà quien mida el vapor que formó la tromba? ¿Habrà quien calcule el volúmen del vapor paludiano que envenena el viento?

Así sucede con la intervencion.

Las conferencias de Lóndres eran tan secretas que solo las conocian los gobiernos inglés y francés: aun la misma España que meditaba hacia mucho tiempo en trabajar por su cuenta, ignoraba lo que se tramaba en el gabinete de Saint-James.

Sin embargo habia un rumor vago, sin cuerpo y sin contorno que anunciaba que algo muy grave pasaba en las córtes europeas contra México: era ese ruido sordo y profundo que precede á los grandes temblores de tierra.

En efecto comenzaban á concretarse los dispersos elementos de la traicion y de la invasion.

Si hemos de creer á algunos historiadores contemporáneos, desde la última dictadura del general Santa-Anna comenzó el partido conservador mexicano á trabajar en Europa para traer á su país un gobierno y un ejército extranjeros.

Otros buscan la fuente mas atrás, y atribuyen á Alaman la iniciativa intervencionista, teniéndola como un síntoma de las últimas pretensiones de la metrópoli que habia perdido con la revolucion de 1810 el inmenso país que le conquistara Hernan Cortés.

Los datos en que se apoyan estas aseveraciones son débiles, y los documentos en que se han fundado sus autores tan fugitivos que no autorizan para dar un sello histórico á los hechos respectivos, pudiéndose tener apenas como tentativas aisladas, que serian acaso el gérmen de los trabajos posteriores, pero sin darles un rasgo de perfecta continuidad.

Para dejar completo el relato basta con hacer esta consignacion.

Coetáneo nuestro es el proyecto de la intervencion que se consumó al fin.

El año de 1861 habia esparcidos por Europa varios emigrados mexicanos, para quienes estaba vedado pisar el suelo patrio mientras imperara la república que tanto habian combatido.

Eran los hombres eminentes de su partido.

Entre ellos figuraba en primer término D. Juan N. Almonte. Inmediatamente le seguian en categoría Gutierrez Estrada y José Hidalgo.

De esta trinidad solo al primero conoció el que escribe estas líneas, y en una circunstancia que siempre será memorable para él.

Era una noche del dia 15 de Setiembre. Ese dia ocu-

paba yo la tribuna en el salon de la Universidad de México, adonde se celebraba el aniversario de nuestra primera independencia. Muy joven aún, daba el primer paso en la carrera política.

Almonte presidía la junta patriótica y por consiguiente la solemnidad de aquella noche.

Era el hijo natural de Morelos, pequeño, débil de cuerpo, y en su rostro se veía fuertemente pronunciado el tipo de la raza india, sin que pudieran privarle el atractivo que se notaba en su fisonomía, su color bronceado, sus pómulos salientes y angulosos, y sus labios delgados y prolongados por la mejilla con un rictus cruel y estúpido, y dejando ver su magnífica dentadura.

Vestia con refinado esmero, y apesar de los principios demagógicos que entonces afectaba tener, tenía pretensiones de poseer los modales aristocráticos del gran tono.

Ese era casi el sér físico: en cuanto al sér moral, sentimos que no pueda desaparecer de la historia, así como del cadáver de ese hombre solo queda un poco de polvo olvidado en tierra extraña. Pero Almonte vivirá siempre en los anales patrios, como una deformidad repulsiva.

Ese hombre valia menos que su ambicion, y este es el secreto de su vida entera.

Eterno aspirante al supremo poder de la nacion, y sufriendo constantes derrotas siempre que intentaba apoderarse del gobierno, gota á gota se fué depositando en su corazon el virus corrosivo de su despecho, al ver desvanecidos sus sueños dorados, que eran el único anhelo de su vida, pero que la abrazaban toda ella en su ardiente inmensidad.

Almonte, preciso es confesarlo, era grande en su monstruosidad: si no alcanzaba á poseer las líneas del Satan de Milton, tan bellas aunque tan sombrías, sí llegaba á igualarse al terrible Yago de Shakespeare.

Almonte no era un hombre, sino una pasion, la del man-

do, y ante ella hubiera sacrificado al héroe de Cuautla, á su padre mismo, si lo hubiese encontrada en su camino estorbándole el paso. Como el hombre de Byron, sabia odiar, y á su patria llegó á odiarla hasta el delirio, hasta entregarla al extranjero.

En cuanto á la evaluacion de su inteligencia, es muy difícil hacerla: pretendia ser enciclopédico, pero sus pequeñas obras que vieron la luz pública, lo desmintieron de una manera muy categórica.

No conocimos á Gutierrez Estrada y á Hidalgo: pero basta decir que fueron los dignos socios de Almonte.

A favor de Hidalgo milita sin embargo una disculpa; que su traicion era muy lógica y prematura. El pequeño diplomático renunció á tiempo su nacionalidad haciéndose súbdito español. Con esto basta para hacer su semblanza.

Estos tres hombres plantearon en Europa lo que denominó Lamartine la política del ostracismo. Durante algunos años recorrieron las cortes europeas solicitando su intervencion en los negocios de su país, sin que los cansara ni los desanimara el fiasco continuo que hacian sus gestiones. Es que el pensamiento no llegaba aún á su perfecta madurez.

Los demas reaccionarios desterrados, Haro y Tamariz, Miranda, Labastida y los obispos mexicanos, ayudaban á la empresa haciendo en España, en Roma y en todas partes, una activa propaganda.

A la vez, y obedeciendo á las órdenes de la compañía de Jesus, á la cual estaba afiliado, Gabriac, el ministro francés en México, ayudaba á los reaccionarios fomentando la guerra civil, y deturpando en sus notas á México: entretanto comerciaba vendiendo en la Rivera de San Cosme las legumbres que cultivaba en el jardin de su casa, y hacia economías con los fondos de su legacion que jamás aplicaba á su objeto.

Un día la colonia francesa dió una cencerrada á su ministro, y poco despues el jesuita *d'habit-court*, fué llamado á Francia, sustituyéndolo el célebre Saligny.

La situacion comenzó entonces á ponerse propicia para los intervencionistas, y el fruto del árbol vedado comenzaba á sazonarse.

La guerra civil de los Estados-Unidos llegó á su mayor grado de violencia, y el Sur predominaba sobre el Norte.

A la vez, Hidalgo habia logrado deslizarse hasta la cámara de la marquesa de Montijo.

La historia pocas veces acepta á su lado la crónica escandalosa: por eso tenemos que limitarnos á decir que varias influencias de sangre y de raza, llegaron á apoderarse de la emperatriz Eugenia, apasionándola contra la República, y convirtiéndola á favor del partido reaccionario, al cual se convino en llamar el partido de la religion católica.

Acaso la esposa de Napoleon III llegó á creerse la sucesora de Isabel la Católica, y que debia por tanto ir á plantear el estandarte de la fé en México la infiel, esa inculta Alhambra del Nuevo-Mundo.

Afortunadamente la fascinacion de la noble señora solo duró un momento; y aunque ese momento fué el decisivo, mas tarde la emperatriz volvió á su régia oscuridad, sin que figurase mas su nombre en la cuestion mexicana.

Pero el impulso estaba dado.

Napoleon III, el hombre de los planes incompletos, que siempre mezcla el delirio al programa político, y que gobierna soñando, aceptó al fin la idea de intervenir en México.

¿Qué pretendia en ello? Es inútil perderse en el campo de las conjeturas, cuando ni el mismo emperador de los franceses sabia al principio lo que queria ni lo que debia hacer.

Lo único cierto es que Napoleon III, lo mismo que otros muchos, se veia arrastrado por el torrente.

El alud de que hablamos antes se habia formado ya.

Y estaban en él como partes componentes, la España con sus antiguos rencores contra México, y la Inglaterra con los bonos de su deuda en la mano, que queria salvar á toda costa, y por lo cual tomaba participio en primer término.

España, sin traer á la empresa los recuerdos de sus derrotas de once años en su colonia mexicana, sí soñaba en construir al menos un trono para la raza de Borbon en México, lo cual era una manera de conquistar lo perdido. Además, la nacion española venia á la colicion con los rencores del tratado Mon-Almonte, rechazado por el país, y de los asesinatos de San Vicente y Chiconcuaque, de los cuales, afectando solo á la justicia criminal, se habian convertido en negocio diplomático é internacional.

Últimamente su embajador Pacheco habia sido arrojado del país.

En esa avalancha se mezclaba tambien el fango que encontraba á su paso. Lo formaban los pequeños intereses, los miserables intereses que representaba Saligny.

Hoy está probado con la claridad de la luz meridiana, que Saligny era el agente del negocio Jecker, el banquero suizo, y la corrupcion parece que ascendió hasta muy cerca del trono francés.

Esto esplica esa pasion que resaltaba en todas las notas que salian de la pluma de Saligny, calumniando á la República, y suponiendo que las personas é intereses de la colonia francesa en México, sufrían vejaciones horribles del gobierno de Juarez.

Tambien Roma soplabla la hoguera; creia que con la intervencion europea recobraría el clero las casas, capitales é influencias perdidas.

Todos estos elementos se aglomeraron para producir el cataclismo.

La ley espedita por el congreso mexicano en 17 de Julio de 1861, suspendiendo el pago de las convenciones extranjeras, fué el pretesto para que la tormenta estallara. Mas tarde se derogó esa ley, pero el efecto de ella se llevó adelante por los enemigos de México.

En un trabajo como el presente, en el cual tratamos la historia de esa época á grandes rasgos, no podemos detenernos en todos los detalles de los preliminares de la intervencion: los pasamos, pues, por alto.

Espedido el decreto de 17 de Julio, los ministros extranjeros en México dirigieron al gobierno de Juarez su protesta colectiva contra aquel acto á que se veia obligada la República, impotente para cumplir con los compromisos que gravitaban sobre su tesoro, gracias á las dos convenciones inglesas, y al tratado que concluyó nuestro gabinete en Diciembre de 1858 con Dunlop y Penaud.

México pagaba de los productos de sus aduanas de mar, un 35 por 100 á la convencion francesa, y un 51 por 100 á la inglesa. ¿Con lo que le restaba podia afrontar las urgencias de la guerra civil?—Primero es vivir que pagar.

El cuerpo diplomático tomó un tono insolente, y el gabinete de Juarez que presentia detrás de esa agresion intencional un proyecto ulterior, quiso evitar con su moderacion un conflicto que acabaria con la poca vida que quedaba al país.

Esa moderacion rayó algunas veces en debilidad.

Entretanto, los corredores de la intervencion recorrian las capitales europeas, y en las cortes respectivas llovian las notas de sus representantes, aglomerando cargos contra México.

México por todos sus conductos oficiales procuró dar todas las satisfacciones debidas á los agravios que se le reclamaban. Pero fué en vano: la empresa estaba ya decidida.

Las conferencias abiertas en Lóndres entre los representantes de las tres potencias, Francia é Inglaterra primero, y despues la retardataria España, eran trabajosas y fatigantes como el parto de Latona.

Al fin el conde de Russell quedó esclusivamente encargado de formar el proyecto de la convencion.

En Octubre de 61 se comunicó al gabinete español dicho proyecto, y el 22 de ese mes el ministro de relaciones de la reina Isabel, Calderon Collantes, observó dicho proyecto; sus argumentos fueron atendidos, la minuta primitiva se modificó por comun acuerdo, y el 31 de Octubre del mismo año quedó firmada esa célebre convencion de Lóndres, por Russell á nombre de la reina de Inglaterra, Isturitz á nombre de la reina de España, y Flahault por el emperador de los franceses.

La minuta de esa convencion era algo mas clara y precisa que la fórmula definitiva. Esta quedó de tal suerte vaga, por mas que se diga lo contrario, que al plantearla tenia que romperse forzosamente.

En el artículo primero de dicha convencion, las tres potencias se obligaban á enviar á las costas de México las fuerzas suficientes para ocupar y apoderarse de las fortalezas y posiciones del litoral mexicano, á nombre de las altas partes contratantes.

En el segundo se obligaban las tres potencias á no apropiarse ningun territorio ni obtener ventaja particular, y á no ejercer en los asuntos interiores de México, ninguna influencia que contraviniera al derecho de la nacion mexicana de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.

Por el tercero se erigia una comision de tres comisarios, uno por cada nacion, con plenos poderes para determinar sobre todas las cuestiones que se suscitaban sobre la distribucion de las sumas de dinero que se recabaran de México.

En el cuarto se decía que se enviaria una copia de esta convencion á los Estados-Unidos, invitando á su gobierno á que accediera á ella: pero que no por aguardar la respuesta de este, dilatarian las operaciones de la guerra que iban á emprender.

El quinto fijaba quince dias para la ratificacion y canje de la convencion.

Hé aquí en suma el feto abortado de esa generacion absurda de la intervencion.

México se habia salvado de la liga al menos, porque esa convencion era irrealizable, supuesto que por su vaguedad, y por la imprevision con que se formó, iba á provocar choques entre las tres potencias, en virtud del antagonismo que se levantaria entre los intereses respectivos que cada una representaba.

La pasion que presidió á esta empresa, se desencadenó por todas partes, y los intereses identificados con ella, se agitaron con la esperanza del próximo triunfo.

Los altos personajes interesados en el negocio Jecker, se alentaron con este primer éxito, y Saligny, que durante algun tiempo reservó la presentación de sus credenciales cerca del gobierno mexicano, tomó un tono mas insolente en sus comunicaciones oficiales, y se hizo mas agresivo en sus informes.

No se perdonó medio ni intriga para llegar al resultado. Hasta el rumor se propagó entónces de que á la princesa Isabel se la habia fascinado con unas minas de Sultepec y Temascaltepec en México, en las cuales la plata nativa se encontraba á flor de tierra.

México se convirtió en el Eldorado de todas las ambiciones, y los tres gobiernos aliados apresuraron los preparativos para enviar á muestras costas sus ejércitos.

III.

La República languidecia cada dia mas, desangrada por la guerra civil. La fiebre de los partidos corria por sus venas agotando su fuerza vital.

Y con frecuencia volvia sus ojos al viejo continente porque comprendia en su instinto que el principal peligro de allá le venia.

A nuestro secretario de relaciones apenas habian llegado débiles indicios y noticias vagas de lo que se tramaba.

El Sr. D. Antonio de la Fuente, ministro de México en Paris, habia dado la voz de alarma con oportunidad, pero sin precision, porque ignoraba á su vez la intensidad del amago que se intentaba contra México.

En su despacho á nuestro gobierno, de 19 de Setiembre de 1861, hay sin embargo una noticia que debió alarmar á los hombres de Estado mexicanos.

En esa nota participaba el Sr. de la Fuente que Thouvenel, el ministro de Napoleon III, le habia dicho en la última conferencia, que el gobierno francés estaba en perfecto acuerdo con el de la Gran-Bretaña para tomar medidas fuertes que obligasen á México á aceptar las demandas de ambas.

Esto era casi anunciar la convencion futura de Lóndres.